

JOYCE
CAROL
OATES

Del boxeo

Traducción de José Arconada

punto de lectura



Título original: *On Boxing*

© 1987, The Ontario Review, Inc.

Publicado de acuerdo con John Hawkins & Associates, Inc., New York

© Traducción: 1990, José Arconada

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2571-4

Depósito legal: M-5.352-2012

Impreso en España – Printed in Spain

© Imagen de cubierta: Getty Images

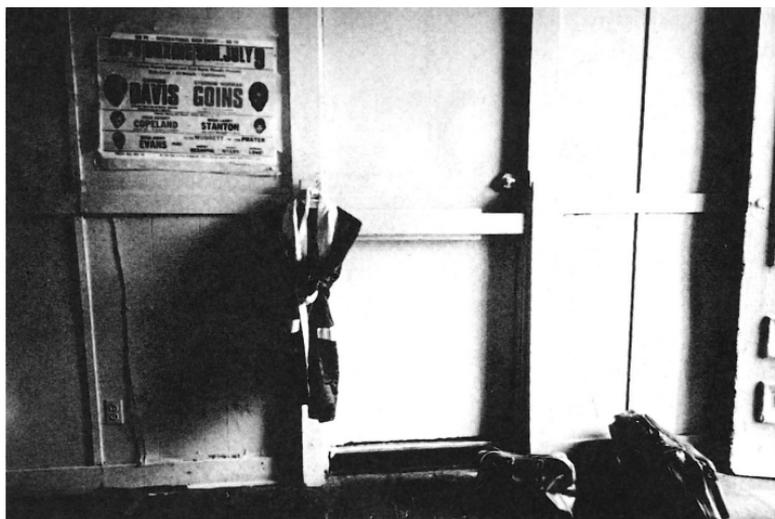
© Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera

© Fotografías de interiores: John Ranard

Primera edición: marzo 2012

Impreso por 
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



*Es un deporte terrible, pero es un deporte...
la lucha es por la supervivencia.*

ROCKY GRAZIANO,
ex campeón mundial de pesos medios

Los dos son jóvenes boxeadores de peso welter, de porte tan uniforme que podrían ser gemelos, aunque uno tiene la palidez de un pelirrojo y el otro es un hispano de piel morena. Cada uno gira en torno al otro, bajo los focos deslumbrantes, intentando golpes cortos, tentativos ganchos de izquierda, crosses de derecha que se disuelven en el aire o se convierten en inofensivas palmadas. ¿Cómo entrar? ¿Cómo sacar ventaja, hacer un punto o dos, meter un solo golpe? Se diría que han olvidado todo aquello para lo que han sido entrenados y la muchedumbre del Madison Square Garden se torna ruidosa, burlona, impaciente. El tiempo se acaba. «Esos dos... ¿qué les pasa? ¿Se levantaron esta mañana y decidieron ser boxeadores, o qué?», dice un hombre a mis espaldas, disgustado. (Es moreno, elegantemente vestido, bigote meticulosamente recortado y gafas oscuras. Un sofisticado *fan* de la lucha. Se las sabe todas. Dos horas después estará gritando. «¡Tommy!, ¡Tommy!, ¡Tommy!», una y otra vez en un paroxismo de dolor cuando, en la pantalla gigante del circuito cerrado de televisión que domina el cuadrilátero, el campeón de los pesos medios Marvelous Marvin Hagler

insensibiliza a golpes a su temerario retador, Thomas Hearns.)

Seguramente los dos pesos medios son conscientes del coro de befas, abucheos y rechiflas que resuena en el vasto espacio cavernoso, que llega hasta los módicos asientos de veinte dólares del graderío, en medio del incesante tránsito de gente por los pasillos, el entrevero de olores de *hotdogs*, cerveza, cigarrillos, habanos, gominas. Pero ellos siguen desesperadamente entrelazados en su fútil combate —girando, «bailando», pegando corto, palmeando, enganchándose—, en lo que ahora es una borrosidad de golpes flojos, de torpes juegos de pierna, de nuevo un sudoroso, tambaleante y desesperado enganche en las cuerdas que provoca un renovado oleaje de burlas mientras el árbitro los ayuda a separarse. ¿Por qué están aquí, precisamente en el Garden, ambos librando, por lo visto, su primer combate profesional? Ninguno quiere hacerle daño al otro: ninguno está enfadado con el otro. Al sonar la campana, al final del cuarto y último asalto, la multitud abuchea un poco más fuerte. El chico hispano, sedosos pantalones amarillos, pelo rizado, empapado y ondeante, camina por su esquina con la mano enguantada en alto; no en desafío a las silbatinas, que aumentan en respuesta a su gesto, ni siquiera en reconocimiento de ellas. Es sólo algo que él está haciendo, algo que ha visto hacer a boxeadores más viejos, está diciendo *Estoy aquí, lo logré, lo hice*.

Tras el anuncio de la decisión, el abucheo del público aumenta; «¡Fuera del *ring*!», «¡Gilipollas!», «¡Marchaos a casa!». Las desdeñosas risotadas de los hombres siguen por el pasillo a los muchachos envueltos



en sus batas, con la cabeza tapada con las toallas, sudando, sin aliento. ¿Qué les hizo pensar que *ellos* eran boxeadores?

¿Cómo puedes disfrutar de un deporte tan brutal?, me pregunta a veces la gente.

Y hay quienes, con toda intención, omiten la pregunta.

Y es demasiado complejo para responder. En todo caso no *disfruto* del boxeo en el sentido habitual de la palabra, y nunca lo he hecho; el boxeo no es invariablemente *brutal*; y no lo considero un *deporte*.

Tampoco pienso en el boxeo en términos literarios como metáfora de algo más. Nadie cuyo interés haya nacido, como el mío, en la infancia —derivado del interés de mi padre— puede pensar en el boxeo como símbolo de algo que lo trasciende, como si su unicidad fuese una mera abreviación, una iconografía; aunque sí puedo aceptar la proposición según la cual la vida es una metáfora del boxeo —en uno de esos combates que siguen y siguen, asalto tras asalto, *jabs* o golpes rápidos, golpes errados, enganches, ninguna certidumbre, de nuevo la campana y de nuevo tú y tu adversario, en pelea tan pareja que es imposible no ver que tu adversario *eres* tú: ¿y por qué esta lucha en una plataforma elevada y cerrada por cuerdas como un corral, bajo luces calientes, crudas e inmisericordes en presencia de una muchedumbre impaciente?—, esa especie de infernal metáfora literaria. La vida *es* como el boxeo en muchos e incómodos sentidos. Pero el boxeo sólo se parece al boxeo.

Pues si has visto quinientas peleas has visto quinientas peleas, y su denominador común, que ciertamente existe, no es de primordial interés para ti. Como dijera una vez el escritor católico Flannery O'Connor: «Si la Sagrada Forma fuera sólo un símbolo, yo diría: al diablo con ella».

*Soy un luchador que anda,
habla y piensa luchando,
pero trato de no parecerlo.*

MARVELOUS MARVIN HAGLER,
campeón mundial de pesos medios

A semejanza del bailarín, un boxeador «es» su cuerpo, y está totalmente identificado con él. Y el cuerpo está identificado con un peso determinado:

PESO PESADO: *sin límite de peso*

PESO MEDIO FUERTE: *hasta 89 kilos*

PESO SEMIPESADO: *hasta 81 kilos*

PESO MEDIO: *hasta 75 kilos*

PESO SUPERWELTER: *hasta 71 kilos*

PESO WELTER: *hasta 67 kilos*

PESO SUPERLIGERO: *hasta 63,5 kilos*

PESO LIGERO: *hasta 60 kilos*

PESO SUPERPLUMA: *hasta 58 kilos*

PESO PLUMA: *hasta 57 kilos*

PESO PLUMA JUVENIL: *hasta 55 kilos*

PESO GALLO: *hasta 54 kilos*

PESO MOSCA: *hasta 51 kilos*

Aunque la vieja perogrullada según la cual «un hombre bueno y grande siempre derrotará a un hombre bueno y pequeño» ha quedado desmentida muchísimas veces (la ocasión más reciente fue protagonizada por

Michael Spinks con su victoria sobre Larry Holmes), suele suceder que un boxeador invita al desastre cuando pelea fuera de su categoría de peso: puede «subir», pero es muy probable que no pueda «llevar consigo su pegada». Si bien en una época las distinciones entre pesos eran considerablemente burdas (estableciendo un paralelismo con las injusticias de la vida: las disparidades de la mayoría de los combates fuera del cuadrilátero), los promotores del boxeo y las comisiones han creado una jerarquía de pesos verdaderamente bizantina a fin de reglamentar las peleas actuales. En teoría, estas divisiones tan finamente calibradas fueron creadas para evitar las disparidades; en la práctica, tienen el feliz efecto de crear muchos más «campeones» y muchos más intentos lucrativos de alcanzar los «títulos». Efectivamente, el ambicioso boxeador de nuestros tiempos espera no sólo ser un campeón sino también un gran campeón: un inmortal; puede aspirar a múltiples títulos, como Sugar Ray Robinson (campeón mundial welter y pesos medios que intentó, sin éxito, arrebatarse el título de peso semipesado a Joey Maxim), Sugar Ray Leonard (campeón mundial welter y superwelter), Roberto Duran (campeón mundial de pesos ligero, welter y superwelter que intentó, sin éxito, subir a peso medio), Alexis Argüello (campeón mundial de pesos pluma, superpluma y ligero que aspiró al título de pesos superligeros antes de su reciente retiro).

Para hacer su peso, el boxeador puede recurrir al ayuno o a vigorosos ejercicios en fecha tan próxima al combate que se arriesga a graves trastornos, como en el caso, muy reciente, del campeón WBA de peso gallo,

Richie Sandoval, que perdió cuatro kilos y medio en poco tiempo y, durante su combate con Gaby Cañizales, en marzo de 1986, casi pierde la vida en consecuencia. Cuando Michael Spinks marcó un hito en la historia del boxeo en septiembre de 1985, al convertirse en el primer peso semipesado que ganara el título de los pesos pesados, la prensa prestó tanta y tan emocionada atención al cuerpo de Spinks como a su forma de boxear. Spinks había realizado lo que constituyó un *tour de force* del físico; con la ayuda de su entrenador y dietista había creado para sí un verdadero cuerpo de peso pesado: noventa y un kilos de puro músculo. Que su adversario, Larry Holmes, le llevara en peso una ventaja de nueve kilos y pico tuvo poca importancia, pues Spinks no sólo había ganado peso: se había convertido, además, en un «nuevo» cuerpo. Y conservó ese cuerpo nuevo y notable para la defensa de su título contra Holmes, combate que también ganó. En boxeo el fanatismo no puede ir más lejos.